

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 177. — La reorganización del ejército, por B. pág. 180. — Castelar y la reorganización del cuerpo de Artillería, por don Eduardo Oliver Copóns, comandante de Artillería; pág. 182. — ¡Cómo decaen los pueblos! (conclusión), por don Luis Trucharte y Villanueva, pág. 185. — La cuestión del desarme, por don Francisco Rodríguez Landeyra, capitán de Infantería; pág. 190. — Sección Bibliográfica: El presupuesto de la paz para un ejército al pie de guerra, por don Antonio del Rosal y Vázquez de Mondragón, coronel de Infantería. — Abastecimiento de aguas de Barcelona. Manantial de Garraf, por don Eusebio Güell y Bacigalupi; pág. 192.

Pliegos 57 y 58 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii; TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO; pliegos 13 y 14. Traducción y ampliación, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

CRONICA GENERAL

LOS EXÁMENES DE INGRESO EN LAS ACADEMIAS MILITARES.—NÚMERO COLOSAL DE ASPIRANTES.—CONVENIENCIA DE UNA SELECCIÓN PREVIA.—SOBRE LA UNIDAD DEL PROGRAMA DE INGRESO.—¿SILBAN Ó NO SILBAN LAS BALAS MODERNAS?—INFLUJO DE LA IMAGINACIÓN EN ESTAS OBSERVACIONES.

El hecho de haber entrado nuestro país en estado normal, después de varios años de guerra, obliga á estudiar con calma ciertos problemas, que entendemos que es impropio dejar constantemente sin resolver. Y uno de los problemas más dignos de interés es el que se relaciona con el ingreso en las academias militares, asunto que en estos momentos es de cierta actualidad, por haberse realizado ahora, en todas ellas, concurso para cubrir las plazas anunciadas previamente.

Varios aspectos de dicho problema son dignos de fijar la atención de los que mandan, siendo lo primero que salta á la vista la magnitud de la empresa de examinar cuidadosamente á tantos aspirantes como van á aquellos centros docentes con la esperanza de alcanzar una plaza de alumno. La tarea de examinar es siempre fatigosa, porque requiere sostener fija la atención en lo que dice el examinando; pero, cuando dicha tarea se prolonga días y más días, más que fatigosa, se hace casi insoportable. Además, la misma cantidad enorme de *primera materia* disponible, hace que sea ésta poco apreciada. Hay que aprobar á pocos aspirantes; y esto naturalmente se traduce en una lucha entre el aspirante y el examinador. Esta lucha es, como se comprende, sumamente desigual, y muy pocos serían los aspirantes capaces de resistirla victoriosos durante algún tiempo. Resulta de ello que, contra la voluntad de todos, el resultado del concurso no puede revelar que los admitidos sean, en absoluto, los más aptos, sino los que han demostrado más aptitud para sostener aquella lucha de que acabamos de hablar. No hay quien dude de que, cierto desembarazo, el *no cortarse*, influyen en el éxito de exámenes en que el examinando y el examinador no se conocen, alterando estas circunstancias los resultados que daría con examen profundo, verdaderamente comparativo, cual pudiera hacerse, no con millares de aspirantes, con una docena de éstos.

El remedio para esto sería proceder por selección, sometiendo á los aspirantes á pruebas *escritas* sucesivas, empezando por la resolución de problemas que figurasen en copiosísimo catálogo de ellos, sin que el examinador pudiera hacer más que variar los datos numéricos. Esta selección iría haciendo desaparecer del campo de la lucha á los aspirantes flojos, pudiéndose llegar al final á una verdadera oposición entre los que hubieran sufrido las diferentes pruebas. Pero, este sistema, teóricamente perfecto, presenta un grave inconveniente práctico; y es que en las poblaciones en que se hallan situadas las academias tendrían que permanecer muchos días los aspirantes—no pocos de los cuales, van acompañados por algún individuo de sus familias;—originándose grande acumulación de forasteros en las dichas poblaciones y dando lugar á penosos gastos que no todos los aspirantes pueden realizar con desahogo. Además, la naturaleza del examen daría lugar á que los aspirantes no pudieran presentarse en diversas academias en la misma convocatoria, como hoy lo efectúan, pudiéndose, sin embargo, remediar muchos de estos inconvenientes haciendo que un examen escrito, hecho en las capitales de las regiones, precediera al examen oral y de oposición. En Francia, si no recordamos mal, se hace de esta suerte el examen de ingreso en la Escuela Politécnica.

Produciría también una reducción del número de los concurrentes á examen variar el programa de ingreso en aquellos centros, haciendo muy distintas las materias y textos exigidos en cada uno de ellos. Asunto es este que sólo en el desdichado país nuestro pudiera ser materia de debate; pues, creer que hay en todo el resto del globo terráqueo quien haya imaginado la estrambótica teoría de que un examen, *casi exclusivo*, de matemáticas haya de ser base para el ingreso en *todas* las Academias militares, siendo igual el programa y el texto para ser ingeniero, infante, oficial de caballería, etc., es lo mismo que creer en brujas. Pero, el caso es que á la sombra de este sistema se han creado intereses, y así es difícil que nadie se atreva á derrocarlo, continuando el método actual de reclutar oficiales del ejército; método que niega la *vocación*, que, desde que el mundo existe, se ha creído elemento necesario para prestar útiles servicios en las carreras ó profesiones. Nuestros futuros oficiales tienen por lo general, una vocación tan grande que lo abraza todo: cuando hacen su maleta para presentarse al concurso, ignoran si las veleidades de las matemáticas les llevarán á servir á la patria redactando proyectos de obras, mandando baterías, cargando al enemigo á la cabeza de brillante escuadrón ó examinando ajustes en las oficinas de la Administración militar. No hay, lo repetimos, en todo el planeta que habitamos, país alguno que reclute sus oficiales en la forma que el nuestro; pero nosotros no nos preocuparemos por esto; buscaremos siempre las causas de la decadencia en los plumeros de los cubrecabezas, no en lo más esencial, que afecta á algo que se halla más bajo que el *esprit*.

* * *

En un estimado colega extranjero, *Le Progrès militaire*, hallamos el relato de un curioso incidente ocurrido en Francia. Parece que, durante el curso de unas maniobras de doble acción, (es decir, figurando dos bandos opuestos), realizadas por el 88° regimiento de infantería, de guarnición en Auch y en Mirande, el coronel oyó *silbar* balas de fusil junto á sus oídos, por dos veces consecutivas. Creyóse que un intento criminal había sido la causa de esos *silbidos*, por

haberse empleado en el fuego cartuchos de guerra, en vez de cartuchos de toqueo.

Ahora bien, como hace observar el general Henrién Bertier, tal tentativa criminal no puede admitirse fundadamente, por la poderosa razón de que las balas modernas *no silban* cual silbaban las antiguas; ó por lo menos no silban á las distancias medias de 1.000 á 1.200 metros.

En los combates antiguos, se oía el silbido de las balas que pasaban por encima y por los costados del observador á una distancia bastante considerable, y como no se oían las que caían ó chocaban en el terreno antes de llegar á la zona en que se hallaba el observador, resultaba que éste adquiría generalmente el concepto equivocado de que el enemigo tiraba alto. En los combates modernos tiende más bien á producirse un fenómeno inverso: en general parece que el enemigo tira demasiado bajo; pues los proyectiles, atravesando las capas atmosféricas, producen un ruido característico, parecido al chasquido del látigo que cruza violentamente el aire, cuyo ruido se manifiesta del mismo modo que si se produjera en un punto situado enfrente del observador. En realidad, el fenómeno se presenta bajo formas distintas según la distancia á que se halla el observador de la línea de tiradores contrarios. Así, según se desprende de varias observaciones hechas por diferentes personas, resulta que:

Detrás de los tiradores ó á los lados de ellos no se percibe más que la detonación de las armas al ser disparadas.

A 100 metros por delante de las trincheras, se oye el chasquido de la bala, seguido inmediatamente de la detonación.

A 200, 300 y 400 metros. El chasquido y la detonación se perciben bien separados; el primero es muy seco, y parece que se produce á la altura del observador, resultando la detonación menos sonora.

A 500, 600 y 700 metros el chasquido se manifiesta aún á la altura del observador, la detonación se percibe mucho más sorda, y no se oye nada que se parezca al antiguo silbido de las balas.

A 800, 900 y 1.000 metros. Aunque la velocidad remanente sea inferior á la velocidad del sonido, el chasquido se oye aún, resulta menos seco y parece provenir de un punto situado hacia donde se hallan los tiradores y bastante alejado del observador; la detonación es muy sorda, pero todavía se oye. Absolutamente deja de oírse toda clase de silbido.

A 1.100, 1.200 y 1.300 metros. Se notan los mismos efectos que se acaban de indicar, empezando á oírse el paso de algunas balas, después de oírse el chasquido, que parece provenir de un punto cada vez más lejano. Más allá de los 1.300 metros es probable que se oiga el paso de las balas, si bien no hay observaciones concretas sobre el caso.

Aunque generalmente se ha querido atribuir el ruido característico de las balas modernas á su mayor velocidad comparada con la del sonido, no pudo admitirse como suficiente esta explicación, pues las granadas silban, como las antiguas balas, á pesar de ser muy grande su velocidad inicial. Se trata de un fenómeno complejo, y hasta ahora poco estudiado. Indudablemente, en las observaciones respecto á la clase de ruido que producen las balas y al punto de donde *parece* provenir este ruido influye mucho la imaginación, sobre todo si la observación se hace durante el combate, en que aquella se halla muy sobre-

excitada. Lo mejor es acudir á los marcadores de los campos de tiro y hacerles explicar á su modo los fenómenos que observen, sin hablarles de silbidos ni de chasquidos, pues bastaría hacer la pregunta para provocar una sólida, y quizá inexacta, afirmación ó negación. Estas observaciones absolutamente personales son muy difíciles de hacer, y hay que evitar toda forma de sugestión mental, pues si ésta existe, los resultados serán los que ya se suponían de antemano ó serán diametralmente opuestos á ellos. La imaginación no razona ni acepta los términos medios.

NIEMAND.

16 de Junio de 1899.

LA REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

III

Es indudable que la evolución materialista que con tanta rapidez va transformando todas las clases sociales, ha de influir perniciosamente en el reclutamiento de la oficialidad del ejército. Los jóvenes de familias distinguidas prefieren dedicarse á otras carreras, ó á ninguna; los hijos de los militares, aconsejados por sus propios padres, rehuyen también con frecuencia la profesión militar, y esto solo es un indicio de que el espíritu que debía animar al ejército decae.

La clase media busca hoy en las carreras del Estado solo un *modus vivendi* provechoso para los individuos, pero no para la nación; de aquí la multiplicación de empleos y servicios en todos los ramos y la mezquindad con que son retribuidos.

Los que hoy día aspiran á ser oficiales van guiados, unos por la esperanza de rápidos ascensos, contando para ello con buenas relaciones y estimulados por ejemplares numerosos y patentes; otros, más modestos, creen que, una vez alcanzada la estrella, irán poco á poco adquiriendo un mediano bienestar, sin necesidad de esfuerzo ni trabajo; algunos, seducidos por ciertas apariencias exteriores, muy pocos llevados por una verdadera vocación.

En estas condiciones, y mediante un reconocimiento facultativo que atestigüe su aptitud física y un examen para apreciar, algunas veces con bastante error, su valor intelectual, ingresan en las Academias militares. Como antecedentes del individuo y de la familia, es decir, antecedentes morales, un certificado de buena conducta que todo el mundo puede presentar, y una cédula de 11.^a clase; en este punto el Estado es inflexible. Uno de los errores de que adolece el sistema de educación, ó mejor si se quiere de instrucción, en los pueblos latinos, es la importancia que en él se da á los exámenes y á las oposiciones; tanto que estos actos llegan á ser el único fin de los estudios, y el verdadero conocimiento de la asignatura estudiada resulta relegado á un lugar secundario. Y sin embargo, aun admitiendo que los tribunales procedan con estricta justicia, y descartando ciertas cualidades intelectuales más brillantes que sólidas, que desempeñan casi siempre importante papel en aquellos actos, el resultado de un examen ó de una oposición es independiente de las condiciones morales y de carácter del individuo.

En las Academias militares no cabe negar que los estudios se llevan á cabo con rigor y formalidad, y que los cursos no constituyen una serie de vacaciones interrumpidas por algunos días de clase. Los alumnos aprobados poseen casi siempre la suficiente *aptitud técnica* para desempeñar su cometido; pero ésta en la mayor parte de los casos, por no decir en todos, más que *ciencia* exige *conciencia*, tomando esta palabra en el sentido más lato. Puede darse por obtenida la *unidad de instrucción*, pero nada garantiza la *unidad de educación*, ó mejor dicho la *unidad de sentido moral*. Una colectividad puede mantenerse á grande altura, es decir, sostener perfectamente su prestigio sin necesidad de que todos sus individuos posean una inteligencia de primer orden; basta con que la tengan unos cuantos; en cambio, es indispensable que todos se hallen dotados de grande *sentido moral*.

En la raza anglo-sajona la educación tiende á elevar más bien los caracteres que las inteligencias. Así se explica que, habiendo la Reina de Inglaterra otorgado un premio para el alumno del colegio Wellington que se reputara más acreedor á él, el príncipe Alberto, encargado de fijar las condiciones para otorgarlo, eligió al que se juzgara con mayor elevación de carácter, no al más instruído. En España de fijo se hubiera concedido al mejor orador; el entusiasmo por los *Castelares* es una debilidad moral que nos va costando cara.

Acerca del valor moral, ó mejor dicho, de los antecedentes morales de los que aspiran á ingresar en las Academias militares no hay datos; la democracia ha declarado dogma fundamental la igualdad, y ha barrido todo lo que pudiera ser, ó parecer, privilegio.

Por esto, si en todas las épocas la instrucción ha tenido que marchar acompañada de la educación, hoy, así en lo civil como en lo militar, es esta unión más necesaria y también más difícil la tarea de llevarla á cabo. La educación ha de empezar, naturalmente, cuando empiezan la razón, y por tanto ha de iniciarla la familia. Así lo entendían nuestros padres y nos educaban ó por lo menos intentaban educarnos. Hoy se piensa de otro modo; las necesidades materiales son muy exigentes y hay que atenderlas preferentemente. El padre de familia se convierte exclusivamente en hombre de negocios, y olvida todos los demás deberes, dejando al profesor que instruya y eduque, si quiere, aunque en esto último en realidad no tiene grande empeño, porque para salir bien del examen basta lo primero. En las Academias militares, como al fin y al cabo los reglamentos son rigurosos y se observan, se puede imponer la disciplina; pero no así en las Universidades, y de ahí dimanar los frecuentes escándalos cuya responsabilidad mínima corresponde á los escolares y la máxima á sus familias.

Estas circunstancias exigen, pues, que en las Academias militares no se atienda solamente á la aptitud científica de los alumnos, sino muy principalmente á sus condiciones morales y de carácter, procediendo á una eliminación que impida llegar á las filas del ejército á los que no sean acreedores á ello. En Alemania no basta terminar con aprovechamiento los estudios para ser nombrado oficial; es necesario, además, ser conceptuado digno de vestir el uniforme por los compañeros de regimiento. Claro es que tal sistema no en todas partes puede aplicarse; para ello precisa, en primer lugar, que la oficialidad se halle constituida, como dice von Goltz, por la *aristocracia moral é intelectual* de la

nación; en segundo lugar, que no se opongan prejuicios ya arraigados en la masa del país.

Dadas las circunstancias que acabamos de exponer, se comprende sin dificultad que sea escaso el número de individuos que ingresen en el ejército con gérmenes de espíritu militar convenientemente desarrollados, toda vez que no han contribuido á ello ni las tradiciones de familia; ni la educación anteriormente adquirida. Queda ahora por examinar si las condiciones del medio en que el oficial ha de vivir, es decir del ejército, y las del ambiente que le rodea, ó sea el resto de la nación, son tales que permitan fácilmente el desarrollo del espíritu militar.

Las Academias militares, y en general todos los establecimientos de enseñanza, ponen á los alumnos en camino para ejercer la profesión que han elegido. Al concluir la carrera el alumno no posee aún capacidad profesional; lo que realmente ha debido adquirir es *capacidad para el estudio*. El plan de estudios es tan sólo un índice de los conocimientos de la profesión, y el desarrollo, no ya de todo, sino de una parte de este índice, exige la vida de un hombre. El trabajo que cada individuo desarrolla contribuye á formar su prestigio personal y claro es que el prestigio de la colectividad es el resultado de todos los trabajos individuales. Uno de los medios por consiguiente de levantar el espíritu del ejército es exigir á todos los oficiales el amor al trabajo, y esto es tanto más necesario cuanto los elementos que en la guerra intervienen son cada día más complicados y exigen mayor suma de conocimientos.

Por otra parte, para alcanzar esto, y para que cada uno trabaje con celo en la medida de sus fuerzas le permitan, es necesario que reine en la familia militar alto espíritu de justicia, en el cual deben basarse las leyes de ascensos y recompensas. Hay que confesar que éste ha sido siempre el caballo de batalla y el flaco de nuestras instituciones militares, debido, sin duda alguna, á que las costumbres son más poderosas que las leyes, é importa más la bondad de aquéllas que la de éstas. Es de suponer que esta cuestión tan debatida, que tanto afecta al porvenir del ejército y de la nación, se reproducirá y, aunque en teoría se adopte lo mejor, nada se conseguirá si en la práctica se falsea y seguimos, como hasta aquí, aplicando lo peor de cada sistema. Asunto es éste que merece estudiarse con detención, porque, según se resuelva más ó menos acertadamente, elevará á mayor ó menor altura el *nivel moral* del ejército.—B.

CASTELAR

Y LA REORGANIZACIÓN DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

Los periódicos de todos los partidos, los defensores de las más opuestas ideas; la opinión en general con unanimidad desacostumbrada, ha expresado su duelo por la pérdida del eminente tribuno don Emilio Castelar, catedrático, académico, orador elocuente, escritor fecundo, gloria de las letras patrias, político honrado y sobre todo esto, con ser mucho, benemérito de la patria, á la que ha amado con todas las energías de su alma, cantado con las armonías de su mara-

villosa palabra y servido con entusiasmo y lealtad, dejando siempre sus prejuicios de escuela por debajo de su patriotismo y de los intereses nacionales.

Ya lo dijo en ocasión solemne (1), con su fogosa y arrebatadora elocuencia, y estos fueron los primeros jalones de la impopularidad con que habían de fustigarle más tarde sus fanáticos partidarios: «Tenedlo entendido de ahora para siempre, yo amo con exaltación á mi patria y antes que á la libertad antes que á la república, antes que á la federación, antes que á la democracia pertenezco á mi idolatrada España.»

Aun en desacuerdo con sus ideas no se puede menos de rendir homenaje á este gran patricio, á este genio de la elocuencia tribunicia; á los frutos de su brillante pluma, más cuidadosa que del fondo de la forma, poética, gallarda y clásica en ocasiones, pero otras excesivamente ampulosa y *colorista*, y á sus dotes de historiador, algo oscurecidas por los errores de la escuela liberal democrática quizás la más fanática de todas.

Monárquico de corazón he visto con gusto cuantos tributos se han concedido á Castelár, pues aparte de que sus méritos los justifican, demuéstrase así, el amplio criterio, la noble tolerancia de la monarquía, que honra á quien con tanta saña le combatió y que precisamente en sus postrimeros días, como si tuviera un presentimiento del cercano fin salió á la palestra, retándola con el *espantajo* de la reacción para volver por los fueros de la democracia, como aquellos trovadores de los libros de caballería, víctimas de espantosas alucinaciones, que creen han de rendir todos pleitesía á la dama de sus pensamientos. No se le ocultaba que hoy la república está aislada y preterida, y quiso galvanizar su cuerpo muerto, ó bien le guió el deseo de *refrescar* su famoso nombre, con el cual hace 30 años conseguía electrizar á las masas caldeandolas, al eco de su palabra viril y avasalladora, como pocas han resonado en el parlamento español.

Pero fuera una ú otra causa la que le impulsara, es lo cierto que al volver á la política activa, profesaba iguales amores y *parecidos* odios; no obstante, la monarquía ha olvidado sus agravios para pensar sólo en las preclaras dotes de aquella privilegiada inteligencia, que cuando se guiaba por su natural cristiano, ó sus sentimientos de artista, aparecía castizamente española de ideales nobles y enamorada de las viejas tradiciones populares tan reñidas con la *novísima* democracia.

Amigos y adversarios han descrito y comentado sus hechos y obras con lujo de detalles, y agotado está el tema, pero aun sin estarlo, no me ocuparía de la personalidad política de quien cegado de los falsos espejismos y por los aplausos de las extraviadas masas, era la expresión fiel de esta época de luchas y de dudas en la cual dominan ideas absurdas y teorías disolventes, por más que se presenten vestidas con ropaje deslumbrador.

Pasado el *turbión* de los primeros días; el desbordamiento de artículos y frases de *colorín*; las exageraciones de la política perversa que todo trata de desnaturalizarlo; y la apoteosis algo de relumbrón que se concede á los hombres célebres, después de haberlos en vida criticado y censurado acerbamente, ó de

(1) Sesión del 30 de Julio de 1873 en las Cortes.

haberlos abandonado sin piedad á la miseria, ha venido el enfriamiento, prelude del olvido, compañero de todos, en cuanto desaparece la fiebre de la novedad, que brota en el primer momento de la muerte.

Mi objeto se reduce hoy á depositar un modesto recuerdo, perfumado por la gratitud, en la tumba algo silenciosa y solitaria ya de don Emilio Castelar.

Todo el que vista el uniforme del cuerpo de artillería, que se precia de agradecido, no puede olvidar jamás que allá, en aquellos días luctuosos para él, en que sufría ruda prueba, la clarividencia y enérgico patriotismo de Castelar le devolvía sus legítimos derechos y le autorizaba á continuar sacrificándose por la santa bandera de la patria, cuyo alejamiento era la única amargura que aquel acto le ocasionó.

Y no es que el cuerpo sienta estos impulsos de gratitud por haber reintegrado á sus individuos la carrera, único patrimonio conque muchos contaban...; no, de ella se desprendieron sin rehuir todas sus tristes consecuencias, pero es que al poner su firma el jefe del Estado en el decreto de 21 de septiembre de 1873 (1) venía á patentizar, que en el hecho no había nada incorrecto, y los oficiales sintieron aquella íntima satisfacción del que ve sancionado su proceder, pues no basta á veces tener tranquila la conciencia, es preciso que los demás así lo reconozcan, no sea que falsamente se tome, como exigencias de la dignidad, el capricho del amor propio que tan admirablemente la remeda.

No perdiendo de vista altas consideraciones dió Castelar el decreto de la reorganización de la artillería, y de tal modo estaba orgulloso de haber hecho aquel *servicio* á la patria, conmovida entonces por hondas desventuras, que frecuentemente lo recordaba (2) y decía que de todos sus actos políticos éste era uno de los que conservaba más grata impresión, por estar exento del dejo de remordimiento y amargura que á muchos otros acompañaba. Complacíale ver unido á su nombre el del cuerpo de artillería, por lazos tan fuertes como son el efecto y la gratitud, y no desperdiciaba ocasión de relatar el suceso como si estuviera deseoso de que se propagase su conocimiento y no se olvidara entre las generaciones artilleras que se iban sucediendo.

Seguramente que la historia aplaudirá sin reservas á aquel estadista de sangre revoltosa, de temperamento radical, hecho por la revolución y por la república ensalzado y que patriota, antes que hombre de partido, supo substraerse á sus compromisos y refrenó sus tendencias, gobernando con un sentido *reaccionario*, el cual le enajenó las simpatías de las masas populares que, fanatizadas por su palabra de fuego, le rindieran antes culto idolátrico.

(1) Era ministro de la Guerra el general don José Sánchez Bregua y subsecretario el general don Eduardo Bermúdez Reina, que por rara coincidencia ha muerto en los mismos días que Castelar. Rindamos un tributo á estos ilustres patricios desaparecidos del mundo de los vivos.

(2) A este propósito recuerdo que en una ocasión hube de aludir incidentalmente, en un folleto, á la disolución del cuerpo, pero como no hacía historia del acontecimiento no cité el nombre de Castelar, y éste, que no sé como leyó mi modesto trabajo, hizo llegar á mí sus quejas por medio de un distinguido general manifestándose cariñosamente sentido de que no le hubiera mencionado ni remitido el escrito.

Cuantos sinsabores y desengaños ha devorado en sus últimos años el porta estandarte de las ideas avanzadas, viéndose blanco de inconcebibles diatribas... pero... cabe creer que allá ante el tribunal de Dios, donde no queda sin recompensa ninguna acción buena, la pobre alma del ex presidente de la República merecerá gracia, lavada por el arrepentimiento y presentando en su descargo entre los hechos de su vida pública que tendieron á vigorizar la justicia y la rectitud, á calmar las pasiones, restaurar el imperio de la ley y servir á los intereses de la patria, como uno de los más principales la reorganización de la artillería.

En homenaje y como recuerdo del suceso se le regaló una artística bandeja, hecha con sin igual perfección en la fábrica de armas de Toledo, y en la espléndida morada del gran tribuno de la democracia, cuyos gustos señoriales eran por demás sabidos, entre multitud de riquísimos objetos, dones de amigos y admiradores, aparecía en primer término el obsequio de los artilleros, que su dueño se apresuraba á enseñar á cuantos visitaban su casa con ese placer y orgullo que el guerrero siente mostrando los escudos que ha ennoblecido por su esfuerzo, ó las cruces que pregonan su valor y abnegación.

Tengo entendido que el señor Castelar deja dispuesto que tan valiosa é interesante joya pase á su muerte, al Museo de Artillería.

Este es su lugar propio y adecuado, al dejar de existir el que lo poseía como expresión espontánea de gratitud de toda una colectividad. Seguramente que por quien corresponda se realizará tan laudable pensamiento, para que el nombre de Castelar se perpetue entre los que llevan bombas en el cuello.

Unámonos al sentimiento general por la muerte del que hizo vibrar con la magia de su palabra tantos corazones; ha llevado á todos los continentes el nombre santo de España, con las galas de la hermosa lengua castellana, y supo gobernar curando las heridas de la patria con desgarrones de su fama, y al elevar una oración por su alma pidamos á Dios le abra sus amorosos brazos, descanso del que lucha, corona del que triunfa, premio del que se sacrifica por el bien del suelo que le vió nacer.

EDUARDO DE OLIVER COPÓN,
Comandante de Artillería.

3 de Junio de 1899

¡COMO DECAEN LOS PUEBLOS!

(Conclusión.)

El personal de los centros administrativos no es elegido por su aptitud é idoneidad, sino por la influencia, y de este modo las ruedas de la máquina del Estado, movidas por manos inhábiles é inexpertas no imprimen á la marcha de los negocios públicos un movimiento acertado y uniforme. Los empleos son buscados para los hombres, no los hombres para los empleos. ¡Desdichado el que tiene que solicitar alguna cosa por justa que sea! No se verá atendida su petición, su queja, su reclamación, si no cuenta con personas de influencia que activen la resolución de su instancia.

Como cada cambio de ministerio trae consigo la cesantía de la mayor parte

de los empleados que de él dependen y dichos cambios son por desgracia frecuentes en nuestro país, resulta que los nuevos empleados no tienen el tiempo suficiente para adquirir la práctica necesaria, lo cual no sucedería si los empleos no se debiesen a las influencias políticas, sino a la oposición y al mérito, y si los empleados fuesen inamovibles. Por satisfacer las exigencias políticas se ha desarrollado la empleomanía hasta tal punto, que todos los españoles quisiéramos disfrutar un sueldo del Estado, y de este modo resultan aumentadas las cargas del Erario, ya excesivamente abrumado, y existe mayor número de empleados del necesario.

La primera enseñanza está desatendida por completo, y la existencia del pobre maestro de escuela es un mito, porque no se le satisface sus modestos emolumentos, y hasta se ha visto reducido en algunos puntos a pedir limosna ó á buscar trabajo como un jornalero, careciendo del respeto y de la consideración que su alto ministerio requiere. Así es, que la enseñanza de los niños se resiente del estado de abatimiento de los maestros, y aquéllos llegan á emprender los estudios de la segunda enseñanza sin los conocimientos necesarios; y como todos tenemos afán por que nuestros hijos terminen pronto, sea como sea, una carrera, y el examen de ingreso en los establecimientos oficiales es poco riguroso, no exigiéndose por otra parte más que saber leer, escribir, algo de Gramática y las cuatro reglas de Aritmética, ingresan en los institutos niños de 9 años, muchos de ellos aun vestidos de corto, y es evidente que su poca edad, unida á la poca base que traen de la primera enseñanza, contribuyen á que no puedan estudiar la segunda con aprovechamiento, ni comprender lo que estudian, y á los 14 ó 15 años, salen de los institutos hechos unos bachilleres, que no saben redactar, ni aun escribir una carta. Como prueba de lo que digo, véase lo que presencié en uno de nuestros institutos en los ejercicios del grado de bachiller. Al presentar al examinando la fábula latina *Lupus et agnus* para que la tradujese, empezó traduciendo *El lobo y el asno*, en vez del *cordero*, y en un trozo de prosa la palabra *grujos*, que significa *á los griegos*, la tradujo *á los grajos*; en francés se hallaba á la misma altura, no sabiendo conjugar sino el verbo *braire*; en Geografía, dijo que Cuenca era puerto de mar y que el puerto de Somosierra era muy frecuentado por buques de alto bordo; en Historia Universal dijo que la cuestión habida entre Enrique IV de Alemania y el Papa Gregorio VII no fué más que una cuestión de amores, etc., etc. Sin embargo, el examinado se salvó del naufragio, gracias á las recomendaciones. Por otra parte, la falta de un programa general para cada asignatura en todos los institutos del Reino y la multitud de libros de texto sin condiciones didácticas y en los cuales no se busca otra cosa que el lucro de los autores ó editores, contribuyen á que la enseñanza oficial no sea como debe ser y resulte excesivamente cara en especial para el que tiene que trasladar la matrícula de un establecimiento docente á otro donde encuentra textos y programas distintos. Además, las numerosas fiestas y prolongadas vacaciones reducen los cursos académicos á su mínima duración, por lo que en España es donde menos tiempo se dedica al estudio.

En las universidades, como se ingresa con unos conocimientos tan superficiales, sucede lo mismo que en los institutos y los alumnos no pueden emprender los estudios superiores con una base sólida y como muchas cátedras son desemeñadas interinamente, porque los que las tienen en propiedad se dedican á

la política, la enseñanza no resulta lo eficaz que debiera ser. Unido á esto el poco amor al estudio que, salvo honrosas excepciones, es general en nuestros estudiantes, los cuales son más aficionados á las diversiones y á *correr la tuna*, que á asistir á las aulas, contribuye á que no adquieran la ilustración debida y á que en el extranjero tengan fama de ignorantes, como lo acreditaron las estudiantinas que recorrieren varias capitales europeas, no ha muchos años, y en París no podían entenderse en francés con los estudiantes de aquella universidad, los que tuvieron que apelar al latín, que tampoco los nuestros entendían. Sin embargo, salen de nuestras universidades más abogados y médicos que pleitos y enfermos hay en España.

De nuestras academias militares, debido á que en ellas se observa un saludable rigor en los exámenes, salen buenos oficiales teóricos, pero no prácticos, y lo mismo sucede con la marina, que á la falta de la práctica necesaria ha debido en gran parte los últimos desastres. Si los oficiales de Estado Mayor, de Artillería, de Ingenieros y de la Armada, en lugar de emplearse en despachar expedientes en las Capitanías Generales los primeros y en el servicio de guardias, cuarteles, etc., los demás, se dedicasen á la práctica constante de su especialidad, se hallarían el ejército y la armada á mejor altura de la en que hoy se hallan; pero las mal entendidas economías en ramos tan importantes hacen que, por temor á gravar el presupuesto, se desatienda lo más necesario, que es la práctica, para tener siempre preparados para la guerra los principales elementos de combate. Estos se resienten de la poca práctica de las clases inferiores y de los soldados, debida al poco tiempo que permanecen en las filas, durante el cual no pueden adquirir la suma de conocimientos que hoy se exigen al soldado. Así es, que éste no puede completar su educación militar, y cuando regresan á su hogar, puede decirse, que continúan siendo aún reclutas sin la necesaria experiencia. Por otra parte, la falta de estímulo que hoy se advierte en el soldado para la conservación y limpieza de sus prendas de vestuario, desde que se suprimió el fondo de masita, que al que más tiempo conservaba sus prendas en buen estado más alcances le proporcionaba en la época de su licenciamiento, contribuyen á que haya desmerecido el estado de su policía, sin contar con lo antihigiénico que es el uso de prendas que á otros han servido.

Como prueba de la decadencia moral á que hemos llegado, y aun á trueque de aburrir á mis lectores, voy á permitirme exponer la serie de majaderías que oí al cacique de un lugar, y no de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, algunos años después de la revolución de Septiembre de 1868, mientras interiormente me reía, al mismo tiempo que me compadecía de aquel desdichado:

«Mire usted,—decía,—aquí, antes de la gloriosa éramos un pueblo de tontos, no sabíamos nada de política, no había casinos, cada cual al obscurecer se metía en su casa á rezar el rosario con su familia y aquí paz y después gloria; pero, desde la revolución no puede usted figurarse lo que ha adelantado este pueblo. Ahora somos ya muy ilustrados, nadie nos engaña como antes; al contrario, aquí engañamos al lucero del alba, y el forastero, que antes venía á explotarnos, viene por lana y sale trasquilado, pues se le roba hasta las pestañas. Cuando vino la revolución, organizamos una música y nos echamos por esas calles tocando el himno de Riego y la Marsellesa, atronándoles los oídos todos

los días á los reaccionarios, á las puertas de sus casas. A los pocos días, la emprendimos á garrotazos con los del rosario de la aurora y éste concluyó, como suele decirse, á farolazos. Desde entonces lo hemos suprimido y las procesiones salen, si nosotros queremos, pues de algo han de servir los derechos individuales y el pacto sinalagmático, comuntativo y bilateral. Nos propusimos civilizar á este pueblo y lo hemos conseguido. Fundamos un casino y en él se arma cada timba que tiembla el orbe. También tenemos un teatrillo bastante regular, donde domina el género bufo y el que hoy llaman chico, y no se baila más que el canacán y otros bailes ilustrados por el estilo. De periódicos, aquí no se permite que circulen otros que *El Motín* y *Las Dominicales* y hacemos que se pierdan en el correo todos los periódicos, que no sean de nuestra opinión, pues de algo ha de servir la libertad. ¿Ha visto usted el árbol simbólico que plantamos en medio de la plaza y que está tan frondoso? ¿Se acuerda usted, cuando á ratz de la revolución circulaban aquellas caricaturas tan preciosas que representaban á Sor Patrocinio bailando el canacán con el Padre Clarinete y al Padre Ciruelo tocando la guitarra? Entonces compramos muchos de aquellos papeles y los fijábamos en las puertas de nuestros enemigos políticos. ¡Qué lástima de tiempos aquellos! En tiempo de la República faltó muy poco para declararnos cantón independiente y proclamar el amor libre y repartirnos los bienes de los demás, teniendo ya asignado cada uno su lote. A mí me había tocado una finquita, que hace tiempo deseaba, perteneciente á uno que está todo el día en la iglesia dándose golpes al pecho. Todo estaba preparado y yo tenía tomadas mis precauciones, con los criados armados para que no tocasen á mis bienes y las hijas, encerradas, por si alguno quería tomarse algunas libertades con ellas, pues para eso soy liberal y tengo derecho á que se me respete; pero, por desgracia, fracasó el movimiento y el cantón quedó en proyecto. Sin embargo, aquí nadie alza el gallo más que nosotros, y á unos que se atrevieron á salir una noche cantando: *entre Prim, Serrano y Figuerola, van á dejar á España sin camisola*; les atizamos la gran paliza, pues teníamos organizada una regular partida de la porra para defender las libertades adquiridas. Ya pasaron aquellos tiempos de barbarie, en que todo el mundo creía en Dios á puño cerrado. Ya no somos tan tontos, aquí nadie oye misa ni se confiesa más que las mujeres, y aun de éstas las viejas; los curas rabian con esto, porque ya no ganan lo que antes, así que no quedan ya en el pueblo mas que los párrocos, y gracias. Antes respetábamos y hasta temíamos á las autoridades; pero ahora lo mismo silbamos á un ministro que á un capitán general. Aquí no respetamos ni al *sursum corda*. Vino hace poco el Obispo á confirmarnos, mire usted, á confirmarnos á nosotros, como si comulgásemos ya con ruedas de molino. Así es que no se le hizo caso, y la última noche, para despedida, le dimos una cencerrada fenomenal y la música tocaba el himno de Garibaldi: Porque es lo que yo digo: ¿qué necesidad tenemos de obispos, curas, iglesias, ni nada de esto, pues si se puede vivir sin religión perfectamente? Todo eso es una farsa, nada más que para sacar los cuartos, y nosotros ya estamos muy adelantados para creer en tales supercherías. Estamos en el siglo de la ilustración y de las luces. Lo mismo que el maestro de escuela. Por ahí anda, que parece un espectro, nadie le hace caso ¿para qué? ¿para que enseñe á los niños que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría*, y otras sandeces por el estilo? Así es que no le pagamos, y que se las

arregle como pueda. ¿Ha visto usted qué plaza de toros más bonita tenemos en el pueblo? Pues esa se la debemos al diputado, que es mi protector, porque yo le saco triunfante siempre en las elecciones, y para él gano todos los votos, y al que no vote por él, *garrotazo y tente tieso*. Con que ya ve usted si estamos adelantados.» Sí, le contesté, veo que están ustedes muy adelantados para llegar cuanto antes al salvajismo. Se quedó con la boca abierta y yo me alejé de aquel majadero, deplorando la decadencia moral de este pueblo que, en su ignorancia no comprende el sentido de la verdadera libertad y lo interpreta de este modo, interpretación que, salvo raras excepciones, ha sido general en la masa del pueblo español. ¿Qué puede esperarse de una sociedad, en que la palabra *honradez* es sinónimo de *candidez* y son tenidos por *listos* y hombres de talento los estafadores y los que saben vivir á costa del prójimo?

Después de todo, no pude menos de comprender que lo que refería aquel mentecato era lo que con poca diferencia sucedía en muchas poblaciones de España. En efecto, recuerdo que, á raíz de la revolución de 1868, teníamos himno de Riego y Marsellesa á todo pasto y el género bufo y cancan eran el pan de cada día, exhibiéndose en los puestos de periódicos las más groseras é irrespetuosas caricaturas.

A consecuencia del desconocimiento absoluto que aquí se tiene de la verdadera libertad y de la igualdad ante la ley, se fué infiltrando en nuestras costumbres cierto desenfreno y en las clases sociales una especie de *sans façon*, que encontraba una traducción exacta en la tan repetida frase, que se ha hecho corriente: *¿y á mí, qué?* De esta suerte la inmoralidad ha cundido de una manera pasmosa y los crímenes de todas clases se repiten con aterradora frecuencia. La propaganda del vicio no ha tenido límites, ya por medio de libros pornográficos, ya por la fotografía y el grabado y hasta por las cajas de cerillas. El género llamado *chuco* es el mejor atractivo en nuestros teatros, invadidos por obras francesas de escaso ó de ningún mérito literario, desdeñándose las obras clásicas de nuestro antiguo teatro español. Los pequeñuelos no ignoran hoy, merced á esta propaganda del vicio, lo que antes ignoraban los jóvenes de veinte años y no es raro ya encontrar á esta edad, y aun en la más tierna, seres cansados de la vida que ponen fin á su existencia, aumentando la espantosa cifra de los suicidas. De este modo se han ido aflojando todos los vínculos sociales, se han ido relajando las costumbres, y hoy aquel antiguo vigor, y aquella entereza de otros tiempos puede decirse que han desaparecido, siendo mayor cada día el número de los seres degradados y envilecidos, que hacen único alarde de sus repugnantes vicios, y el de los egoístas, que no conocen otra patria que su bolsillo y que ante su comodidad y bienestar serían capaces de sacrificarlo todo. De aquí nace esa indiferencia con que presenciarnos los mayores desastres y la pérdida de extensos y preciados dominios. Signos son estos muy evidentes de nuestra decadencia.

De aquí, el que nos hayamos acostumbrado á hacer las cosas de cualquier modo, despreciando los detalles en la ejecución, que son tan necesarios, no queriendo molestarnos en lo más mínimo y siéndonos indiferente el resultado, con tal que no tengamos que fijar por mucho tiempo la atención. Así vamos viviendo al día, sin preocuparnos por el día de mañana, creyendo que todo puede arreglarse trabajando lo menos posible.

Así nos forjábamos la ilusión de que en la guerra con el extranjero, que tan desprevenidos nos ha encontrado, con sólo tocar la marcha de Cádiz, ¡Oh desgraciados! y dar unos cuantos gritos, llamando cerdos a los yankees, teníamos segura la victoria; y hasta hubo muchos periódicos que afirmaban que nuestra escuadra se hallaba en estado de combatir ventajosamente con la de los Estados Unidos. ¡Quiera Dios que la horrible decepción que hemos sufrido nos sirva de provechosa lección y nos abra los ojos para el porvenir! ¡Qué extraño es que envidiemos los tiempos pasados, y hasta los que no están muy remotos, siempre mejores que los actuales!

Recorriendo un día el celebre castillo de Morella, encontré entre las ruinas de un cuerpo de guardia una pieza de cobre de las de dos cuartos. Al compararla con la mezquina moneda de nuestros días, que hasta en el nombre vulgar de *perro chico* revela nuestra decadencia ¡qué serie de reflexiones acudió á mi imaginación! Evidentemente aquella moneda en su peso y en su tamaño representaba una época de más solidez y de más abundancia que la actual, en que el problema de la vida se hace de día en día de más difícil solución. El hallazgo de la tal moneda me sugirió la idea de escribir estos desaliñados renglones. Las de oro apenas son conocidas sino de unos cuantos privilegiados de la fortuna, mientras que en tiempos no muy lejanos, y que comparados con éstos podemos llamar dichosos, un alférez, con la *vil honza de oro*, que constituía su sueldo mensual, vivía con tanto ó mayor desahogo que hoy un capitán, sin contar con el prestigio y el respeto de que un oficial del ejército se veía siempre rodeado y que hoy vemos enconado por la maldita política, que ha invadido hasta las más solidas instituciones.

Unámonos, pues, como un solo hombre, estirpemos de raíz aquella plaga, que es el cáncer de la sociedad actual española y la causa principal de nuestra decadencia; y trabajando todos con fe y patriotismo en la obra común de nuestra regeneración, lograremos ser fuertes y respetados y conoceremos mejores tiempos que los calamitosos que atravesamos.

Cuanto acabamos de exponer no es exageración sino que es una verdad de todos conocida. ¡Ojalá sepamos aprovecharnos de la durísima lección que hemos recibido! ¡Qué derroche de elocuencia y cuántas discusiones estériles en nuestro parlamento, sin que de éstas salga nada de provecho para el país! Es preciso abandonar los antiguos moldes; es necesario á todo trance tomar otros rumbos, si queremos regenerarnos.

LUIS TRUCHARTE Y VILLANUEVA.

Morella, 17 de Abril de 1899.

LA CUESTION DEL DESARME

Si el aforismo de Binkershak, «la razón es el alma», fuese ley común á todos los pueblos, seguramente arrancaríamos de la Historia muchas hojas plegadas bajo el peso de injusticias y brutales apetitos; pero, divorciados los sentimientos de una causa única; sin universalidad de pareceres, con más exactitud, sin un ideal amplísimo; las naciones, abandonadas al instinto de la propia con-

servación, han caminado en el transcurso del tiempo por derroteros tales que, la confraternidad de intereses, origen y fundamento de la paz perpetua, no ha roto aún del todo la indiferencia del génesis internacional. Desgraciadamente, el progreso ha difundido sus dones en un sentido que no halaga á la humanidad, en su aspecto más inmaterial y noble, y esa es, sin duda, una justificación satisfactoria de lo distanciado que están los estímulos de la vida vegetativa y aquellos que alimentan constante aspiración del espíritu. Si los siglos hubiesen presenciado la hermosa y necesaria armonía de todas las fuerzas y tendencias del hombre, en vez de dar impulso á la violencia que siempre arrollará al débil, la cuestión del desarme, lejos de constituir un problema cuya solución es motivo de incredulidad, sería, si no un hecho consumado, sí al menos el índice de un trabajo de actividad hacia el perfeccionamiento humano. La renovación no interrumpida de la fuerza, en cuanto tiene de repulsiva y brutal, propende á mantener en plena acritud el instinto de lucha, dejando inactivos propósitos que acaso llegasen á ser fecundos, y cerrando, por decirlo así, el horizonte á la luz de la justicia y del derecho que se posa sobre la frente del hombre, no para cegarle, sino para abrir su corazón á la esperanza consoladora de que hay algo eterno que no puede negar el descreimiento y la soberbia; y los efectos de aquel movimiento son tan desastrosos, que las conquistas del progreso, con toda su innegable influencia y á pesar de su transcendencia indiscutible, no pueden atenuar los rigores de la política de hierro.

La guerra es un hecho natural, y, como hecho de inmensa responsabilidad, ha engendrado siempre diversas opiniones, que desde la ortodoxia filosófica hasta el ateísmo científico, recorren toda la serie progresiva de convicciones. Sin embargo, dejando á un lado la pasión, no es preciso discurrir mucho si se quiere comprender la verdad poco más que en una frase; para quienes vean en el hombre la personificación de un poder superior á los demás organismos de la naturaleza, la guerra es un absurdo, un imposible, un contrasentido, en fin, que hiera la razón y destruye la argumentación de los apologistas; pero es lo cierto, sin más que atenerse á la realidad, que el mundo moral es demasiado tradicionalista para cambiar de hábitos súbitamente y anular una preocupación que ha de prevalecer y perdurar por mucho tiempo en la vida de los pueblos. Hay que rendirse á la certeza de hechos inequívocos, y la crítica mejor depurada reconocerá la influencia guerrera, que en la historia humana ha ejercido una especie de fatalismo, que; si no lo rechazara la fe de nuestras creencias, causaría honda huella en el espíritu; y aquella influencia, aun sintiéndose despojada actualmente del soberbio predominio de épocas pasadas, entraña la suficiente energía para amedrentar de continuo la hipócrita situación que tantas ambiciones y deslealtades encubre. Solamente los exclusivismos de escuela pueden restar importancia á la guerra, ó, por el contrario, presentarla rodeada de esplendores; no obstante, el sentido moral, al apreciar con imparcialidad la relación que ha guardado la lucha organizada con todas las manifestaciones históricas, debe considerarla como algo innato en el hombre, y por lo tanto, susceptible de modificaciones pero no de desesperación. Si en el vivir subjetivo puede descollar el oportunismo entre las más juiciosas soluciones, en la cuestión que analizamos, cualquier rumbo distinto revestiría más graves inconvenientes; por eso, al desenvolver el largo proceso bélico y admitir la legitimidad de la guerra, se nos aparece

ésta á la reflexión como una causa permanente que no tiene contacto alguno con la variable condición del ejército. Ni en su aspecto, ni en su desarrollo, ni en sus consecuencias, acusa semejanza alguna la guerra actual con las acaecidas, no ya en los tiempos antiguos y medioevales, pero ni siquiera en la centuria en que surgió el renacimiento militar; y, por lo que respecta á los ejércitos, la semejanza es todavía mayor. La guerra sin ejército es como la vida natural sin oxígeno, cosa inconcebible, y, por otra parte, si no existe medio alguno ni siquiera probabilidades de llegar á obtener una forma que borre las diferencias y evite conflictos entre las naciones, queda subsistente la guerra como solución extrema; pero ¿es condición imprescindible que se haga aquélla con los colosales ejércitos del día? Los verdaderos términos de la cuestión son esos.

FRANCISCO RODRÍGUEZ LANDEVRA,
Capitán de Infantería.

(Concluirá.)

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

EL PRESUPUESTO DE LA PAZ PARA UN EJÉRCITO AL PIE DE GUERRA, por don Antonio del Rosal y Vázquez de Mondragón. Coronel de infantería.—Málaga, 1899. Un folleto de 70 páginas.

En este folleto están tratados con suma brevedad, aunque con excelente interés, y sobre todo, con inmejorable deseo de proporcionar utilidad al ejército, los variados problemas relacionadas en la organización militar de España, examinando su autor el mejor modo de formar los cuadros del ejército activo y de reserva, de reclutar las clases de tropa, constituir la oficialidad, pasar del pie de paz al de guerra, etc., etc. Algunas de las ideas expuestas en el folleto las consideraciones algo complejas, como, por ejemplo, el aumento, hasta once, de los empleos jerárquicos de oficial (desde capitán general hasta *teniente de alférez*); otras, en cambio, revelan buen sentido práctico, y las creemos dignas de que mediten sobre ellas los obligados á encauzar y resolver el problema de nuestra regeneración militar.

ABASTECIMIENTO DE AGUAS DE BARCELONA. *Manantial de Garraf*, por don Eusebio Güell y Bacigalupi.—Barcelona, 1899. Un folleto de 34 páginas.

El distinguido patricio, autor de este folleto, trata en él de las ventajas que podrá proporcionar el traer á Barcelona las aguas del manantial de su finca titulada *Cuadra de Garraf*, basándose en los datos del proyecto formulado por don Silvinio Thos y Codina, distinguido ingeniero de Minas. Se comprende la importancia de este asunto, con saber que dicho manantial había de proporcionar *más de un metro cúbico* de agua por segundo. El señor Güell demuestra con datos fehacientes que la empresa de traer esta agua á Barcelona había de proporcionar ventajas económicas indudables, á parte de la no pequeña que resultaría á la población con este aumento del caudal de agua disponible.

M. R. B